

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El maravilloso mago de Oz: Lejos al sur (18/24)

Dorothy lloró amargamente por la desaparición de sus esperanzas de volver a su hogar en Kansas; pero cuando lo pensó bien, se alegró de no haber subido al globo. Y también sintió pena por perder a Oz, al igual que sus compañeros.

El Leñador de Hojalata se acercó a ella y dijo:

—Verdaderamente sería un ingrato si no llorara por el hombre que me dio mi hermoso corazón. Me gustaría llorar un poco porque Oz se ha ido, si tienes la amabilidad de secarme las lágrimas para que no me oxide.

—Con mucho gusto —contestó ella, y trajo una toalla de inmediato—. Entonces el Leñador de Hojalata lloró durante varios minutos, y ella observó con atención las lágrimas y las secó con la toalla. Cuando terminó, le dio las gracias amablemente y se aceitó bien con su enjovada lata de aceite, para protegerse de contratiempos.

El Espantapájaros era ahora el gobernante de Ciudad Esmeralda, y aunque no era un mago, la gente estaba orgullosa de él. "Porque", dijeron, "no hay otra ciudad en todo el mundo que esté gobernada por un hombre relleno". Y, por lo que sabían, tenían toda la razón.

A la mañana siguiente de que el globo subiera con Oz, los cuatro viajeros se reunieron en el Salón del Trono y hablaron de ello. El Espantapájaros se sentó en el gran trono y los demás respetuosamente se pusieron de pie frente a él.

—No tenemos tanta mala suerte —dijo el nuevo gobernante—, porque este Palacio y la Ciudad Esmeralda nos pertenecen, y podemos hacer lo que queramos. Cuando recuerdo que hace poco estuve en un poste en el campo de maíz de un granjero, y que ahora soy el gobernante de esta hermosa ciudad, estoy bastante satisfecho con mi suerte.

—Yo también estoy muy contento con mi nuevo corazón— dijo el Leñador de Hojalata—; y, realmente, eso era lo único que deseaba en el mundo.

—Por mi parte, me conformo con saber que soy tan valiente como cualquier bestia que haya existido, si no más valiente —dijo el León modestamente.

—Si Dorothy se contentara con vivir en Ciudad Esmeralda —continuó el Espantapájaros—, todos seríamos felices juntos.

—Pero yo no quiero vivir aquí —exclamó Dorothy—. Quiero ir a Kansas y vivir con la tía Em y el tío Henry.

—Bien, entonces, ¿qué se puede hacer? —preguntó el Leñador.

El Espantapájaros decidió pensar, y pensó tanto que los alfileres y las agujas comenzaron a salir de su cerebro. Finalmente dijo:

—¿Por qué no llamas a los monos alados y les pides que te lleven por el desierto?

—¡Nunca pensé en eso! —dijo Dorothy con alegría—. Es exactamente lo que necesito. Iré de inmediato a buscar la Gorra de Oro.

Cuando la llevó al Salón del Trono, pronunció las palabras mágicas, y pronto la banda de Monos Alados entró volando por la ventana abierta y se paró a su lado.

—Es la segunda vez que nos llamas —dijo el Rey Mono, inclinándose ante la niña—. ¿Qué deseas?

—Quiero que vuelas conmigo a Kansas —dijo Dorothy. Pero el Rey Mono negó con la cabeza.

—No podemos hacer eso —dijo—. Pertenece solo a este país y no podemos salir de él. Nunca ha habido un mono alado en Kansas, y supongo que nunca lo habrá, porque no pertenecen allí. Estaremos encantados de servirlos en todo lo que esté a nuestro alcance, pero no podemos cruzar el desierto. Adiós.

Y con otra reverencia, el Rey Mono extendió sus alas y se fue volando por la ventana, seguido por toda su banda.

Dorothy estaba a punto de llorar de decepción.

—He malgastado el encanto del Gorro de Oro en vano —dijo—, porque los monos alados no pueden ayudarme.

—¡Es una lástima! —exclamó el tierno Leñador.

El Espantapájaros estaba pensando de nuevo, y su cabeza sobresalía tan horribilmente que Dorothy temía que fuera a estallar.

—Llamemos al soldado de los bigotes verdes —dijo—, y pidámosle consejo.

Así que mandaron llamar al soldado, y este entró en el Salón del Trono con gran vacilación, pues mientras Oz estaba vivo nunca se le permitió ir más allá de la puerta.

—Esta niña —dijo el Espantapájaros al soldado— quiere cruzar el desierto. ¿Cómo podría hacerlo?

—No sabría decirlo —respondió el soldado—, porque nadie ha cruzado nunca el desierto, a menos que sea el propio Oz.

—¿No hay nadie que pueda ayudarme? —preguntó Dorothy con seriedad.

—Glinda podría hacerlo —sugirió.

—¿Quién es Glinda? —preguntó el Espantapájaros.

—La Bruja del Sur. Ella es la más poderosa de todas las brujas, y gobierna sobre los Quadlings. Además, su castillo se encuentra en el borde del desierto, por lo que podría saber cómo cruzarlo.

—Glinda es una bruja buena, ¿verdad? —preguntó la niña.

—Los Quadlings piensan que es buena —dijo el soldado—, y que es amable con todo el mundo. He oído que Glinda es una mujer hermosa, que sabe cómo mantenerse joven a pesar de los muchos años que ha vivido.

—¿Cómo puedo llegar a su castillo? —preguntó Dorothy.

—El camino es directo hacia el sur —respondió—, pero se dice que está lleno de peligros para los viajeros. Hay bestias salvajes en los bosques, y una raza de hombres extraños a los que no les gusta que los extranjeros crucen su país. Por esta razón, ningún Quadling viene jamás a Ciudad Esmeralda.

El soldado los dejó y el Espantapájaros dijo:

—Parece, a pesar de los peligros, que lo mejor que Dorothy puede hacer es viajar a la Tierra del Sur y pedirle a Glinda que la ayude. Porque, por supuesto, si Dorothy se queda aquí, nunca volverá a Kansas.

—Debes haber estado pensando otra vez —comentó el Leñador de Hojalata.

—Lo he hecho —dijo el Espantapájaros.

—Iré con Dorothy —declaró el león—, porque estoy cansado de tu ciudad y añoro los bosques y el campo. Realmente soy una bestia salvaje, ¿sabes? Además, Dorothy necesitará a alguien que la proteja.

—Es verdad —convino el Leñador—. Mi hacha puede serle útil; así que yo también iré con ella a la Tierra del Sur.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó el Espantapájaros.

—¿Vendrás? —le preguntaron, sorprendidos.

—Ciertamente. Si no fuera por Dorothy, nunca habría tenido cerebro. Me levantó del poste en el campo de maíz y me llevó a la Ciudad Esmeralda. Así que mi buena suerte se la debo a ella, y nunca la abandonaré hasta que regrese a Kansas.

—Gracias —dijo Dorothy agradecida—. Todos ustedes son muy amables conmigo. Pero me gustaría empezar lo antes posible.

—Saldremos mañana por la mañana —replicó el Espantapájaros—. Así que ahora todos debemos prepararnos, porque será un largo viaje.